

bastante bueno, siendo, en cambio, muchos demasiado malos. Si realmente Dios me ha dotado de un talento mas que vulgar que aprendió á pensar bajo tus cuidados, ¿en qué mejor ocasion puedo hacerlo valer? Una época grande quiere grandes corazones, y si siento en mí fuerzas suficientes para ser una peña en esta rompiente de pueblos, es preciso que salga afuera y oponga valerosamente mi pecho á las encrespadas olas. ¿Debo entregarme á un entusiasmo indolente, contentándome con entonar alegres himnos en loor de mis hermanos vencedores? ¿He de escribir comedias para el teatro para divertir con ficciones cuando me siento con valor y fuerzas para colaborar en el teatro de verdad? Sé que habrás de sufrir muchas angustias, sé que mi madre llorará, ¡Dios la constiela! No me es posible evitaros este dolor. Hasta ahora he podido alabarme de ser el hijo predilecto de la fortuna: espero que no me abandonará. Que yo exponga mi vida no significa gran cosa; pero que exponga esta vida adornada de todas las coronas de flores del amor, de la amistad, de la alegría; que renuncie al dulce sentimiento que nace del convencimiento de no proporcionaros ningun disgusto, ningun temor, es un sacrificio que solo á aquel precio puede hacerse.»

El día 15 de marzo abandonó á Viena, á su prometida y á sus amigos; la vista de la primera águila prusiana que contempló en la frontera le inspiró un soneto que comenzaba de esta suerte:

«¡Yo saludo el zumbido de tus alas!  
El corazón al verte presiente la victoria.  
¡Sús, águila noble! ¡La nube ha de abrirse á tu paso!  
¡Vuela rápidamente sobre la colina de tus muertos!»

El día 18 de marzo llegó á Breslau é inmediatamente se presentó á formar parte del cuerpo de voluntarios que había comenzado á organizar el mayor Lutzow.

La hospedería del «Cetro de Oro» era el centro del alistamiento: allí funcionaban el gimnasta Federico Luis Jahn y su discípulo Federico Friesen, de Berlín (1), como reclutadores para una hueste de combatientes en la que los jóvenes mas ricos de las universidades de Berlín y Halle, Jena y Gottinga, Greifswald y Königsberg, se confundían con hombres de edad avanzada, profesores, médicos, artistas, sacerdotes y sabios naturalistas, abigarrado estado mayor de soldados de tan diversas procedencias, entre los cuales figuraban industriales, dependientes de comercio, labradores y desocupados. Teodoro Korner quedó encantado ante el espectáculo de tantos jóvenes armados, de los ímpetus juveniles y de la sed de lucha que les dominaba. «En ninguna parte del mundo, — escribía en 18 de marzo á Forster, — encontrarás tantos camaradas juntos como en nuestra hueste negra. Compónese el cuerpo de mil hombres, es decir, un campamento de Wallenstein elevado á una potencia. Cierto que nos juntamos gentes de todos los países y que no faltan entre nosotros alegres camaradas, pues todas las universidades nos han enviado sus mejores mozos, pero la rudeza y la vulgaridad están refrenadas por la santidad de nuestra misión (2).»

Una estudiantina en armas, una juventud académica en las filas del ejército, era un espectáculo completamente nuevo hasta entonces nunca visto en Alemania ni en ninguna otra parte (3), que forzosamente había de impresionar de una manera conmovedora á un patriota que habiendo entrado

(1) Euler: *Jahn*, pág. 257.

(2) Jonas, pág. 281.

(3) En España se había visto ya cinco años antes, y de España partió el impulso.

jóven en el antiguo ejército había envejecido en él. Esta impresión la sintió y la explicó Neithardo de Gneisenau. En diciembre de 1812 todavía había hecho éste en Inglaterra la triste confesión de que Prusia era á sus ojos «un cuerpo enfermo con un alma abatida que solo á fuerza de cuidados y de buenos tratamientos prodigados por sus vecinos podía recuperar el vigor perdido (4),» y los planes que en union del conde Munster había propuesto al gobierno británico se armonizaban perfectamente con este decaimiento. Todo lo esperaba de Inglaterra, Suecia y Rusia; en cambio nada esperaba de Prusia, y aun llegaba á considerar la formación de un gran imperio güelfo, al Oeste del Elba, como el principio de la independencia del pueblo alemán.

Pero apenas hubo desembarcado en Colberg (25 de febrero de 1813) sintió el soplo de una revolución espiritual que le prometía un nuevo mundo y una nueva patria. En Breslau, á donde llegó en 10 de marzo, asaltáronle múltiples impresiones, respecto de las cuales escribía, en 19 de marzo, á un amigo de Berlín lo siguiente: «Ha llegado una época grande que eleva los corazones. He visto á Eckardt, á Jahn, á Friesen, á Jahnke y á muchos otros vestidos con sus uniformes militares y me es difícil contener las lágrimas al contemplar tanta nobleza de alma, un sentimiento alemán tan elevado. Vosotros los berlineses no podeis presenciar el embelesador espectáculo que ofrece la juventud de vuestras clases mas nobles y mas elevadas formando en batallones y en compañías y, olvidada de su antigua posición, obedeciendo atentamente las órdenes de sus oficiales. Con frecuencia dirijo mis pasos á una calle en donde se reúnen estos jóvenes nobles, y al ver el hermoso espectáculo que ofrecen siento poseído del mas legítimo orgullo. ¡Qué felicidad haber vivido lo bastante para alcanzar esta época memorable en la historia del mundo! Ahora podemos morir tranquilos, pues legamos á nuestros descendientes la independencia (5).»

Todo un pueblo en armas y al frente de él lo mas selecto de su nobleza intelectual: he aquí el hecho grandioso que bastó por sí solo para infundir valor cuando se vió que no se presentaba el poderoso ejército ruso, con el cual se hubiera podido derrotar al virey Eugenio, libertar la plaza sitiada de Magdeburgo, destruir el reino de Westfalia y librar en parte, y en parte cercar, toda la Alemania del Norte: todo esto antes de que Napoleón pudiera acudir al teatro de los sucesos. El Estado que había contado con el avance primero de Austria y despues de Rusia, hallábase convertido — en el momento en que se levantaba en armas — en principal potencia de la guerra de liberación y se encontraba enfrente de una lucha en la cual tenía que hacer esfuerzos supremos para no sucumbir antes de que Austria entrara á tomar parte en ella y de que Rusia desplegara por completo todas sus fuerzas. Por mas que los patriotas estuvieran como alucinados por la majestad de este levantamiento popular y por mas que en aquellos dias de marzo, en que el entusiasmo desbordaba, todos, jóvenes y viejos, vieran abierto el cielo de la bienaventuranza, Scharnhorst y Hardenberg, desde su primera entrevista con Stein y Nesselrode (6) hubieron de sostener en el fondo de su alma la lucha con un desengaño que les habría anonadado si no hubiese sido tan firme la fe en su pueblo y si ante sus ojos no se hubiese presentado tan sublime el espectáculo de la reacción que se estaba realizando.

(4) Carta á Stein, de diciembre de 1812. Pertz: *Gneisenau*, tomo II, página 467.

(5) Pertz: *Gneisenau*, tomo II, págs. 525-526.

(6) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 119!

## CAPÍTULO II

## COMIENZO DE LA GUERRA DE LIBERACION

Apenas se tenía noticia de la ruina del gran ejército de 1812 y aun se ignoraba cómo se había ésta consumado y ya se hacían todos los aprestos necesarios para el ejército de 1813. El sentimiento humano se subleva al ver la cinica rudeza con que Napoleón se consolaba públicamente (1) de la horrible miseria en que había dejado á su ejército; pero el sentimiento de una fuerza no debilitada y la confianza en un pronto y nuevo robustecimiento que al obrar así demostraba, estaban perfectamente fundados; y por muy falsos y engañosos que fueran los medios con que había de promoverse una especie de movimiento nacional, es preciso no incurrir en el error, causa entonces y despues de tantas faltas, de que las pérdidas sufridas en Rusia habían debilitado á Napoleón hasta el punto de que una fuerte sacudida bastara para darle el golpe de gracia. Cuando Napoleón regresó en la noche del 18 de diciembre y, á la mañana siguiente, se puso, como de costumbre, á trabajar sin descanso, disponia ya de un verdadero tesoro de fuerzas frescas y no quebrantadas que no tenía mas que poner en movimiento y que ningun ataque del exterior podía arrebatarle, ni siquiera disminuirle. Aun prescindiendo de los 250,000 hombres que combatían en España, contaba Napoleón en primer lugar con 140,000 reclutas de la quinta de 1813 que ya habían sido llamados á las armas en 1812 y en segundo con 100,000 guardias nacionales de las cien *cohortes* que se habían organizado antes de la campaña de Rusia. Además resolvió tomar 100,000 hombres de la guardia nacional de los contingentes de 1809, 1810, 1811 y 1812 y llamar á las armas á la quinta de 1814. De esta suerte tuvo á su disposición 500,000 hombres, de los cuales 150,000 debían quedarse á defender las fronteras, pudiendo los 350,000 restantes dirigirse á Alemania para formar con los restos del gran ejército de 1812 el ejército todavía mayor de 1813 (2). Necesitaba, sin embargo, para acudir á los guardias nacionales, que en virtud de una ley no podían salir del territorio, y á las quintas atrasadas y anticipadas, del consentimiento del Senado, y para obtenerlo con todo el aparato necesario le ofreció excelente pretexto el acto del general York.

Hasta el día en que llegaron los despachos de Saint-Marsan relativos á este hecho, la prensa imperialista respiraba paz y el mismo emperador solo hablaba de peligros interiores, no exteriores. El acto temerario del general Malet, que en la noche del 22 al 23 de octubre había huido de su cárcel y al grito de: «¡El emperador ha muerto!» había introducido durante dos horas el mas espantoso desorden entre las aturridas autoridades de París (3) hasta que un jefe de batallón llamado Laborde le reconoció, desarmó y condujo de nuevo á su prisión, este hecho, decimos, proporcionó al emperador materia suficiente para desviar, en sus discursos á los cuerpos del Estado, la atención de aquello que estaba en los corazones y en los labios de todos. El día 20 de diciembre recibió en las Tullerías al Senado y al Consejo de Estado: al primero le dijo que la muerte del soldado que sucumbía en el campo del honor era una muerte hermosa, pero que lo era mucho mas la del funcionario que perecía luchando por el soberano, por el trono y por las leyes; que los soldados cobardes eran malos, pero que eran mucho peores los funcionarios pusilánimes, pues si aquellos roban á la nación

(1) Véase anteriormente.

(2) Thiers, tomo XV, págs. 216-218.

(3) Fain: *Manuscrito*, tomo I, pág. 14.

su independencia, éstos destruyen el imperio de las leyes, los derechos del trono y del orden social. Al Consejo de Estado le pronunció el siguiente discurso, que se ha hecho famoso: «La ideología, esa tenebrosa metafísica que al buscar con sutilezas las primeras causas quiere fundar en ellas la legislación de los pueblos, en vez de enlazar las leyes con el conocimiento del corazón humano y con las doctrinas de la historia, es la culpable de todas las desgracias de nuestra hermosa Francia. Estas teorías erróneas han traído necesariamente el régimen de los hombres sanguinarios. En efecto, ¿quién ha proclamado como un deber el principio fundamental de la insurrección? ¿quién ha prometido al pueblo, adulándole rastreramente, una soberanía que era incapaz de ejercer? ¿quién ha sepultado la validez y santidad de las leyes haciéndolas depender, no de los sagrados preceptos del derecho de la naturaleza de las cosas ó de la justicia civil, sino pura y exclusivamente de la voluntad de una asamblea de hombres que nada saben de derecho civil, de administración, de política ni de arte militar (4)?»

En la noche del 9 al 10 de enero llegó el correo del conde Saint-Marsan con la carta del general York, la memoria del general Macdonald referente á los sucesos de Tauroggen y las comunicaciones de aquel embajador relativas á la conducta leal y ajustada al tratado de Federico Guillermo y de Hardenberg. El día 10, el duque de Bassano presentó una proposición al Senado pidiendo que precipitadamente se hiciera una leva de 350,000 hombres, por haberla hecho necesaria la «traición» del general York, y el Senado adoptó acto continuo la resolución que de él se pedía, apareciendo en la prensa imperialista alarmantes artículos destinados á desvanecer los deseos de paz que sentía el pueblo francés y su descontento cada día mayor por las continuas levas, para lo cual se apeló al grito de venganza y de guerra. Y en efecto, se consiguió encender un fuego artificial de movimiento patriótico que se tradujo en ofrecimientos y dádivas mas ó menos espontáneas, gracias á las cuales el ejército recibió un refuerzo de 22,000 caballos ensillados y equipados y 22,000 jinetes voluntarios (5). Para crear la apariencia de una completa unidad de miras entre la nación francesa y su soberano solo faltaba una cosa: que el emperador firmara la paz definitiva con el Papa, y aun esto pareció haberse conseguido cuando en 25 de enero Pio VII firmó en Fontainebleau, á donde había sido conducido desde Savona en el verano de 1812, un concordato compuesto de once artículos, en el cual renunciaba, aunque sin consignarlo expresamente, al Estado de la Iglesia primero y luego á la residencia en Roma. El primer artículo de este memorable documento (6) decía: «Su Santidad ejercerá su Pontificado en Francia y en el reino de Italia de la misma manera y en las mismas formas que sus antecesores,» pero no en el mismo sitio, sino en Aviñon, como se había convenido verbalmente despues de haber rechazado decididamente para este objeto la ciudad de París. En los artículos 2, 3 y 4 se decía: «Los embajadores, ministros ó encargados de negocios de las potencias cerca del Padre Santo y los embajadores, ministros ó encargados de negocios que el Papa pueda tener cerca de las potencias extranjeras, gozarán de las mismas libertades y privilegios que los miembros del cuerpo diplomático. Los dominios que el Papa posea y que no han sido enajenados estarán exentos de toda contribución y serán administrados por sus agentes ó plenipotenciarios. Los que hayan de ser enajenados serán compensados hasta una suma de dos millones de francos

(4) *Corresp.*, XXIV, págs. 342-343.

(5) Thiers, tomo XV, pág. 249.

(6) Inserto en Fain: *Manuscrito*, tomo I, pág. 193-195. *Correspondencia*, XXIV, págs. 450-452.

de renta. En los seis meses que siguen á las propuestas usuales del nombramiento por el emperador para los arzobispados y obispados del Imperio y del reino de Italia, el Papa conferirá la institucion canónica conforme al Concordato y en fuerza del presente indulto.» Este Concordato era un documento debido á la gran influencia personal que sobre el Papa habia conseguido, ó, por mejor decir, creía haber conseguido Napoleón durante su permanencia en Fontainebleau (del 19 al 25 de enero, y el mundo no sospechaba nada del cambio que en el ánimo del Papa se habia operado despues de haber cedido, cuando Napoleón inauguró en 14 de febrero las sesiones de los cuerpos legislativos pronunciando un jactancioso discurso con el cual destruyó toda esperanza de paz, como puede verse en las siguientes palabras: «He firmado con el Papa un Concordato que pone término á todas las contiendas que desgraciadamente han surgido en el seno de la Iglesia. La dinastía francesa gobierna en España y seguirá gobernando en ella. Estoy contento de la conducta de mis aliados, á ninguno de los cuales abandonaré manteniendo incólume la integridad de sus Estados. Los rusos regresarán á su abominable clima. Mientras dure la guerra marítima, mis pueblos habrán de estar dispuestos á toda clase de sacrificios, pues una paz vergonzosa nos lo haría perder todo, incluso la esperanza (1).»

Respecto de la actitud de los aliados del emperador, la prensa imperialista habia dado, desde el regreso de éste, noticias mucho mas satisfactorias que las que se deducian de estas palabras del mismo Napoleón, pero en punto á esto habia ocurrido un cambio respecto del cual podia el emperador engañar á los demás pero no engañarse á sí mismo un solo instante.

El primer desengaño doloroso iba á proceder de su propio suegro, el emperador Francisco, á quien Napoleón habia escrito desde Dresde, en 14 de diciembre, una carta pidiéndole que agregara al cuerpo de Schwarzenberg otro cuerpo auxiliar de 30,000 hombres, es decir que aportara un contingente de 60,000 hombres á la lucha contra los rusos. El día 31 de diciembre se le presentó el general conde Bubna, embajador del emperador de Austria, para manifestarle que éste haría cuanto fuese posible en pro de la paz, pero que no estaba dispuesto á dar un solo paso para la guerra fuera de los que exigía el estricto cumplimiento del tratado. Añadióle que aun cuando quisiera — que no quería — no le era dado hacer mas, porque no debía sacrificar la sangre de sus pueblos en una guerra sin objeto y en contra de la cual tan unánime se pronunciaba la opinion pública de Austria (2). El emperador de Austria, pues, se negaba á hacer nuevos sacrificios para la guerra y expresaba la necesidad de una paz, que él solo podia agenciar, con una insistencia que á las claras daba á entender su firme deseo de hacer cesar la cooperacion que hasta entonces habia tenido en la guerra en cuanto pudiera formular el mas fútil pretexto.

Napoleón reprodujo su demanda en una larga carta autógrafa que en 7 de enero dirigió al emperador de Austria, y cuya autenticidad ha sido durante mucho tiempo negada porque su contenido dejaba al descubierto á su autor, pero cuyo texto íntegro hoy conocemos (3). En ella declaraba Napoleón que se procedía con toda actividad á los aprestos para una nueva invasion en Rusia y que disponía de fuerzas superiores en un tercio á las que hasta entonces habia empleado; que militarmente habia llevado en todas partes ventaja sobre los rusos, que su guardia no habia combatido, ni

disparado un solo tiro ni perdido un solo hombre ante el enemigo, que el horrible frio que le habia matado casi todos sus caballos no constituía mérito alguno para los rusos, y que todo cuanto quería hacer el emperador Francisco en pro de la paz le parecia bien, pero que él no podia hacer por ella sacrificio alguno: «ninguno de los territorios anexionados por acuerdo del Senado puede ser objeto de negociacion con Rusia ni con Inglaterra.» Terminaba pidiendo nuevamente otros 30,000 hombres y mostrándose dispuesto á firmar un tratado de subsidios para que sobre la Hacienda austriaca no pesara tan grave carga.

Antes de que esta carta fuese contestada con actos que aturdieron á Napoleón, tuvo éste con el embajador de Prusia una discusion que le hizo temer desagradables sorpresas por este lado.

En 29 de enero recibió Napoleón al príncipe Hatzfeld, á quien, como sabemos, el rey habia enviado á Paris con una mision extraordinaria, despues que el embajador ordinario, Krusemark, hubo regresado á su puesto antes de que llegaran las desastrosas noticias de Königsberg (4).

El príncipe Hatzfeld era hacia tiempo jefe reconocido de un partido que perdonaba al emperador-soldado todo cuanto habia hecho contra el honor y el derecho de Prusia y contra el antiguo orden de cosas establecido en Francia y en Europa, y le perdonaba todo esto porque desde su llegada al poder contenía con mano firme el vuelo de las ideas y ofrecía un apoyo contra los perturbadores reformistas de su propio país. La exactitud de este juicio ha sido recientemente confirmada por la publicacion de un escrito (5) que en 6 de enero de 1812 y con el mayor secreto dirigió Hatzfeld al canciller de Estado, Hardenberg, y que éste cándidamente entregó á Saint-Marsan, con quien lo discutió. El príncipe Hatzfeld se tenia por un excelente patriota, por un prusiano neto, cuando dijo al canciller de Estado, que siempre le habia conocido como tal, que si la union con Francia — fuente de salvacion para Prusia — habia de producir beneficios reales, era preciso que fuese sincera y acompañada de un cambio radical de sistema en la política interior, rompiéndose en absoluto con toda la herencia de Stein. «El señor de Stein, en algunos accesos de su locura, ha soñado para Prusia una felidat poética cuyas consecuencias acarrearían al Estado tres veces mas desgracias que todos los males de la guerra y de las privaciones que de ésta se derivaran. Para que Prusia vuelva á ser feliz es preciso demostrar que con Stein ha caído todo su sistema y que hoy en día los sectarios, ó por mejor decir, nuestros jacobinos alemanes se entregarían á un juego peligroso si quisieran apelar al incendio, por fortuna dominado, para conseguir, bajo la máscara de amor patrio, un fin que ya no puede ser para nadie un secreto.» En una palabra, pedía la destitucion y el destierro del general Scharnhorst, de los consejeros de Estado Sack, Gomer y Stage-mann, del coronel Gneisenau y del teniente coronel Boyen. De Scharnhorst, en sustitucion del cual se proponía al honrado general Grawert, se decía que la opinion pública le señalaba como uno de los principales jefes de la secta que tantos males habia causado á este país y cuyas ramificaciones en el extranjero eran conocidas, que, por otro lado, habia mostrado un odio sin límites á Francia y que un hombre tan apasionado como él solo podia traer desdichas dada la situacion por que entonces se atravesaba. Ya se comprenderá, pues, que Napoleón se llenara de satisfaccion cuando aquel hombre se le presentó con una mision extraordinaria (6)

(1) *Corresp.*, XXIV, pág. 521.

(2) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 63.

(3) *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 71-75, 393-396.

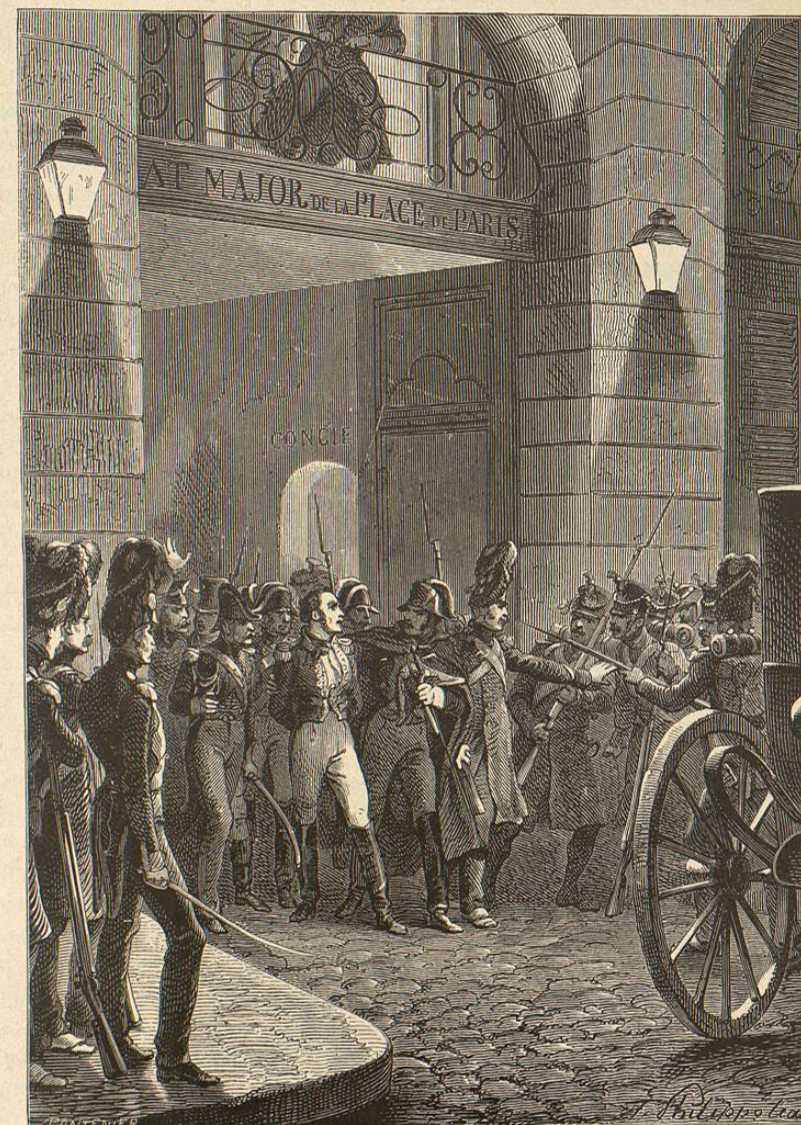
(4) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 85.

(5) Publicado por A. Stern: *Disertaciones*, págs. 374-382.

(6) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 91.

para protestar de la inalterable lealtad del rey, y que causara en él gran impresion cuando, obtenida su venia para describir la situacion de Alemania y de Prusia no como súbdito del monarca prusiano sino como vasallo del mismo emperador, le dijo: «A mi modo de ver, el mayor peligro está en el levantamiento general de los pueblos de Alemania, levantamiento que todo el poder de V. M. no puede impedir y cuyas consecuencias son incalculables. Todo está preparado y organizado. La Alemania se me figura un castillo de fuegos

artificiales dispuesto á estallar y que una sola chispa puede encender. El pueblo nada tiene ya que perder, los gobiernos no pueden sujetar la violencia de la opinion pública: si se la retiene hasta el extremo, los pueblos se escapan de entre las manos, y en este caso, ¿cuáles serán las consecuencias? Extensas son las ramificaciones de las sectas que han trabajado con éxito bajo la máscara de adhesion al soberano, á quien fingen querer salvar contra su voluntad. ¡Quién sabe si están unidas con los jacobinos franceses, con cuyas aspiraciones



Arresto del general Malet en el Estado Mayor de la plaza de Paris.

coinciden por completo! Prusia, debilitada por una desdichada guerra y por largos sufrimientos de toda clase, consecuencia de la guerra misma, es actualmente, — de ello estoy firmemente convencido, — la estrella que ha de servir de guía en la senda por que va á entrar Alemania; si Prusia se mueve, si entra en el sendero del levantamiento nacional, toda la nacion se lanzará en pos de ella. Esto es inevitable y puede asegurarse que Prusia se moverá si V. M. pretende exigir de ella nuevos impuestos y si el rey, en su consecuencia, se ve obligado á hacer pesar nuevas cargas sobre el pueblo. Cuando se hubo firmado la alianza con V. M., nuestro gobierno hizo cuanto de su parte estaba para acreditar el sistema y el éxito hubiera coronado sus esfuerzos si se hubiesen cumplido todos los puntos del tratado de alianza, si no se nos hubiesen exigido sacrificios superiores á nuestras fuerzas. En la actualidad, señor, no solo hemos satisfecho los atrasos de nuestra

contribucion, sino que V. M. debe á Prusia la cantidad de noventa y cuatro millones. Señor, lo digo con toda la sinceridad del hombre completamente adicto á V. M.: si V. M. no acude al auxilio nuestro, si conforme al texto del tratado no ordena que por lo menos se nos pague una importante cantidad á cuenta que permita al rey arbitrar los medios para la organizacion de las fuerzas militares que le quedan sin tener que imponer para ello nuevos gravámenes á la nacion, Prusia no podrá seguir en el actual sistema á pesar de las convicciones y de la buena voluntad del rey, y, con dolor lo digo, pero el amor á la verdad me obliga á ello, es imposible prever los funestos acontecimientos que esto podría traer consigo.» El emperador contestó que los movimientos populares eran realmente temibles, que el rey de Prusia debia prevenirse contra ellos, que él por su parte estaba completamente tranquilo, pues los franceses gritaban mucho, pero